

LOS ESPACIOS SERRANOS ANDALUCES

I. RASGOS GENERALES DE LA MONTAÑA ANDALUZA

Los hechos físicos

Quando se habla de la agricultura andaluza, la imagen que de forma casi automática aparece dibujada es la de una región llana y «ferazmente fértil», es decir, la imagen, no por eso menos estereotipada, de la Depresión del Guadalquivir.

Sin embargo, no podemos olvidar que en el territorio andaluz espacialmente dominan las áreas montañosas y accidentadas. La unidad de relieve más importante de la región son las Cordilleras Béticas, que cubren dos terceras partes de Andalucía, y a ello hemos de sumar los 18.147 kilómetros cuadrados de Sierra Morena que se extiende al norte de la región, por las provincias de Huelva, Sevilla, Córdoba y Jaén. Y desde la óptica de la agricultura, las áreas montañosas son definidas como territorios marginales o, en el mejor de los casos, con una capacidad de producción muy menguada en relación a la de los terrenos llanos.

Esta posición de las serranías viene dada, en primer lugar, por una serie de condicionantes físicos, que han actuado y actúan de forma decisiva. En segundo término, por una serie de factores históricos y humanos que condicionan en gran manera el desarrollo de la actividad económica.

Desde el punto de vista de los condicionantes físicos, los ámbitos serranos se ven negativamente influenciados por distintos factores:

El relieve significa siempre existencia de pendientes más o menos acentuadas. Desde el punto de vista agrícola, la conse-

cuencia más grave e inmediata es la pérdida por erosión de los suelos cultivables, proceso que puede verse acentuado por la desforestación del territorio. Desde otra perspectiva, la existencia de pendientes dificulta, cuando no hace imposible, la mecanización de las labores agrícolas.

En la montaña se encuentra una gran diversidad de suelos, en función de la naturaleza de la roca madre, de las condiciones climáticas, tipos de vegetación, etc., pero existen algunos factores comunes que van a determinar, de forma generalizada, la pobreza de los mismos. El predominio de los fenómenos de erosión sobre los de sedimentación, consecuencia de una topografía accidentada, así como el hecho de que el relieve en las áreas montañosas suele ser un relieve más joven, da lugar a la presencia de suelos poco desarrollados (inceptisoles), suelos pobres en contenido orgánico y mineral, y, en consecuencia, suelos menos fértiles que los de los terrenos bajos.

Por otra parte, la altitud introduce importantes anomalías climáticas. La progresiva disminución de las temperaturas y el aumento de las precipitaciones, conforme se sube en altura, así como la diversidad de exposición de las laderas a luz y vientos complejiza enormemente las condiciones climáticas y da lugar a una gran diversidad de climas locales. Prueba de esta gran diversidad es que dentro del conjunto orográfico de las Béticas se registra la más elevada pluviosidad de la Península Ibérica (2.400 milímetros de precipitación anual en la Sierra de Ubrique, relieve con el que chocan las masas húmedas que procedentes del Golfo de Cádiz penetran por la Depresión del Guadalquivir), al mismo tiempo que en las hoyas y depresiones interiores, aisladas de los vientos húmedos, no se alcanzan los 300 milímetros de precipitación total anual.

Así, pues, si bien no es posible generalizar acerca del comportamiento de las precipitaciones, que incluso pueden ser más abundantes que en la Depresión del Guadalquivir, existe un hecho climático irrecusable en la montaña: la disminución progresiva de las temperaturas. En consecuencia, si en el Valle del Guadalquivir el riesgo de heladas se reduce a un corto período de mes o mes y medio, a medida que se sube en altura en las montañas adyacentes, en primer lugar, aumenta la duración de este período hasta cinco meses (de noviembre a marzo), más

arriba el invierno deja de ser una estación apta para el desarrollo vegetativo, a partir de los 1.100/1.300 metros la nieve se convierte en un fenómeno habitual, y ya en las montañas más elevadas la dureza climática, combinada con la pobreza de los suelos, impide el desarrollo de cualquier actividad económica.

Los factores de tipo histórico y humano

Asimismo, en las regiones de montaña las comunicaciones se hacen más difíciles y ello ha obligado al desarrollo de economías autárquicas y cerradas.

De esta forma venimos a enlazar con los factores de tipo histórico y humano que han condicionado la mayor o menor prosperidad de las sierras andaluzas.

Si complejo resulta el análisis de los factores de tipo físico, mucho más aún lo será el de los de carácter humano, ya que en ellos pueden concurrir condicionantes y elementos múltiples. Por eso mismo no es nuestra intención hacer un análisis detallado de cada uno de ellos, pero por su especial relevancia nos centraremos aquí en la incidencia que las economías cerradas han tenido en la prosperidad de la sierra.

De forma genérica puede afirmarse que cuando en el contexto nacional predominaban las economías cerradas se dio el auge de las áreas montañosas andaluzas. Eran medios naturalmente cerrados en los que se complejizaba la actividad económica: se practicaba simultáneamente la agricultura y la ganadería, completadas con actividades forestales y mineras, e incluso se desarrollaron florecientes y especializadas actividades artesanales (cuero, seda, esparto, etc.), basadas en la riqueza de su medio natural.

Este auge se manifiesta claramente en el crecimiento demográfico. Todas las sierras experimentan importantes crecimientos a finales del siglo XVIII, y sobre todo en la primera mitad del XIX. Según Rodríguez Martínez (1977), la Serranía de Ronda tenía en 1846 una densidad de 40 habitantes por kilómetro cuadrado, superior a la media nacional.

En parte, en su mismo crecimiento encontramos una causa de la decadencia posterior, decadencia que se traducirá en «crisis de la sierra» en los últimos decenios del siglo XIX. La

presión demográfica obligó a roturar y cultivar terrenos con vocación claramente forestal. Los suelos se degradaron con prontitud, y un monte bajo de escaso valor económico vino a sustituir a los bosques de antaño.

Pero con todo, va a ser más determinante en la decadencia de las sierras el desarrollo de economías abiertas, con la implantación de agriculturas especializadas y orientadas hacia la comercialización, y, sobre todo, el fomento de interesados núcleos industriales.

La agricultura más precaria y menos productiva de la sierra no puede competir, a partir de ahora, con los altos rendimientos unitarios de las mejores y más fácilmente mecanizables tierras de la campiña. En cuanto a las sierras orientales béticas, un hecho particular va a agravar su decadencia agrícola: la expansión de la filoxera arruinó las plantaciones de viñedo y con ello un próspero comercio de pasas y uvas de mesa, canalizado a través de los puertos mediterráneos.

A partir de 1860 la montaña que había sido receptora de población (la Alpujarra, por ejemplo) inicia un movimiento emigratorio. Esta emigración se dirige en la segunda mitad del XIX hacia el norte de Africa, pero en el siglo XX, y sobre todo a partir de 1930, es un movimiento que como el del resto de Andalucía, se dirige hacia los centros industriales que se están desarrollando en otras regiones del país.

Lógicamente, una de las principales motivaciones de este proceso migratorio fue la existencia en las regiones que se industrializaban de mayores posibilidades de trabajo y, sobre todo, mejores retribuciones que en los lugares de origen. El «despegue económico» tuvo múltiples consecuencias, de carácter negativo, para el precario equilibrio de las autárquicas economías serranas, pero sin duda ésta es una de las más importantes. La elevación de los salarios industriales y urbanos motivó, en primer lugar, intensos movimientos migratorios, y, en segundo lugar, aunque retardado en el tiempo y siempre de inferior cuantía, la elevación también de los salarios agrícolas. El descenso de oferta de mano de obra, unido a la elevación de los salarios en la montaña supuso la ruina de muchas economías serranas, basadas precisamente en la escasa importancia de los gastos salariales o en peculiares formas de explotación (peguja-

leros de sierra, algunos tipos de aparcerías, etc.), con las que acabó el éxodo rural.

La pérdida de población en términos absolutos, la disminución de la densidad en varios enteros (52,8 habitantes por kilómetro cuadrado, en 1930, y 43,6, en 1970, en la Serranía de Ronda; 26,4, en 1930, y 21, en 1970, en Sierra Morena), el envejecimiento de la población, y el peligro de que el despoblamiento se convierta en un proceso irreversible, son los hechos humanos más graves que evidencian la crisis económica que atraviesan las áreas montañosas.

Hasta aquí hemos querido presentar un esquema muy simplificado de las características comunes de las sierras andaluzas, pero debido precisamente a la complejidad morfológica y estructural de las mismas, a su diversidad climática, a las diferencias de recursos y a las formas como han sido potenciadas, es preciso analizar con mayor grado de detalle la situación y perspectivas de futuro que tienen planteados diferentes conjuntos serranos en Andalucía. Estos son las Sierras Béticas Occidentales, las Sierras Béticas Orientales y la Sierra Morena. Pero como el lector familiarizado con la geografía andaluza podrá constatar, aunque estos epígrafes teóricamente comprenden todos los espacios serranos andaluces, sin embargo, en detalle, lo abordado no es exhaustivo. La selección de lo tratado se ha hecho teniendo en cuenta la bibliografía disponible —muy escasa por cierto en estos aspectos— y eludiendo espacios serranos como todas las subbéticas, dominio preferente del olivar antes abordado. Esta solución de compromiso prueba —estímulo y modestia a la vez— que la geografía de Andalucía aún se encuentra «en mantillas».

II. LAS SIERRAS BETICAS ORIENTALES

La fragmentación comarcal en las áreas serranas suele ser una característica inherente a la naturaleza de las mismas, y aunque este caso no es una excepción, sí ofrece peculiaridades. En principio la delimitación a escala amplia es relativamente fácil: una alineación septentrional (Sierra Nevada-Baza-Filabres), otra meridional (Lújar-Contraviesa-Gádor) y un valle interior, que

en los flancos inmediatos constituye la Alpujarra tradicional. A ésta se ha asimilado después, con los matices que veremos, la Contraviesa y hasta su vertiente costera; en cambio la parte occidental o Sierra de Lújar posee otras características y gira en torno de Motril y su costa. La zona oriental también está volcada en su parte sur hacia el litoral Adra-Almería; sin embargo, la Sierra de Gádor propiamente dicha constituye la Alpujarra almeriense, mientras el norte o Valle del Andarax, que separa las sierras de Gádor y Baza-Filabres, presenta características distintas.

Este vasto conjunto, pues, es susceptible de individualizarse en dos grandes áreas de fuerte personalidad, tanto desde el punto de vista físico como humano, cuales son Sierra Nevada, o vertiente septentrional de esa montaña, y las Alpujarras. Estas se subdividen en Alta (desde el Valle del Guadalfo a las cumbres nevadensas, es decir, la ladera meridional de la Sierra), Baja (Contraviesa) y la almeriense o de Gádor. La primera, a su vez, presenta dos áreas sobre todo en la zona del valle: una oriental en torno a Ugijar y otra occidental con centro en Orgiva.

Los condicionantes naturales

Las Sierras Béticas dibujan una clara orientación oeste-este, con tres alineaciones, prebética, subbética y penibética, y entre las dos últimas, un surco de Altiplanicies y Hoyas, que cumplen una importante función viaria, de poblamiento y actividades humanas en general. La zona que ahora nos ocupa, penibética o bética en sentido estricto, comprende asimismo una doble alineación con un sinclinal en medio que, además de encauzar el Guadalfeo (río Grande de Cádiar en su tramo alto) cumple en buena medida la misión viaria y de aglutinación humana.

Si esa disposición favorece los contactos este-oeste —propiciando, igual que el surco intrabético (Baza-Guadix-Granada-Loja), los enlaces en un País Andalúz alargado en sentido de los paralelos— dificulta la unión norte-sur, abocando al aislamiento y al refugio, según las épocas. Y, como por el sur se acerca al litoral, las fuertes pendientes, unidas a deforestaciones y presencia de materiales blandos, originan barrancos encajados, erosión del suelo y las consiguientes acumulaciones e inundaciones en las

partes bajas. Tal disposición da lugar, además, especialmente en el noroeste, a una posición solana-umbría, que repercute en el clima, vegetación, población y cultivos (así, por ejemplo, la encina alcanza los 2.000 metros en el sur y no sobrepasa los 1.500 en el norte).

La humedad atlántica descarga antes, como es lógico, en la parte occidental, pero la disposición comentada introduce en cierta medida el barlovento-sotavento pluviométrico, dado que las diferencias entre las cumbres occidentales de la Sierra Nevada (Mulhacén y Veleta) y de Baza superan los 1.000 metros. Las repercusiones llegan también a la sequía estival (propiciada en términos generales por la cercanía de la alta presión subtropical), que puede ser nula en la primera zona y, por el contrario, alcanzar cuatro o cinco meses en las Filabres. Finalmente, ambas áreas presentan máximos pluviométricos distintos: de primavera al oeste, por mayor influencia de las borrascas atlánticas, y de otoño al este con precipitaciones de «gota fría» en algunos casos. Todo ello repercute, como se verá más adelante, en vegetación, cultivos, etc.

Además de la disposición y localización, la altitud es un factor fundamental en las características físicas y humanas de las montañas. En este caso las precipitaciones llegan a los 1.000 mm. en las vertientes nevadenses por encima de los 800 m y a 2.000 en las cumbres (Bosque, 1971). Al este, en La Contraviesa, pasan poco de los 500 mm a los 1.000, confirmando asimismo el comentario anterior sobre las diferencias oeste-este. Los días de nieve y la innivación también aparecen muy relacionados con la altura y pueden llegar a los 100 días y 10-12 meses respectivamente en los circos glaciares de Sierra Nevada. Las temperaturas quedan diferenciadas por el factor altitud y desde la isoterma anual de los 18 °C de la costa se llega a 6 °C a los 2.400 m. en Sierra Nevada (con un largo invierno de 2 grados centígrados como media de enero) y temperaturas inferiores en las cumbres. Desde uno a otro extremo y en poco espacio se pasa por graduaciones, que ha llevado a ciertos autores a hablar de tierras cálidas, templadas y frías, con todas las repercusiones, tanto físicas como humanas, que tal escalonamiento introduce.

Así la vegetación se presenta en cuatro pisos, según la clasifi-

cación de Willkomm: el basal, desde los piedemontes (que salvo en la costa oscilan en torno a los 800-900 m.) hasta los 1.500 m. aproximadamente, con predominio de encinas, alcornoques y pinos de Alepo, si bien al E. (Sierra de Gádor) el arbolado, representado por el castaño, no comienza hasta los 1.250 m. Pero la secular acción humana (roturaciones, pastoreo, madera, leña, carbón, resina...) ha dado lugar a un matorral de retamas y plantas aromáticas, aprovechadas éstas en parte. Más afectado por la acción antrópica se encuentra el piso montano (hasta los 2.100 m. en la solana y 1.800 en la umbría) otrora, quizá, de cedros, pinsapos y pinos silvestres (variedad «nevandensis»), siendo este último el único que se mantiene en Sierra Nevada y cimas de Baza, a veces protegido por la repoblación. Después, y hasta los 2.400 m., aparece el piso subalpino de «xeroacanthion» con sabinas rastreras en el límite superior. Más arriba, y afectando ya sólo a Sierra Nevada, donde existen algunos endemismos, el área alpina de herbáceas poco densas, excepto en determinadas umbrías de praderas, agostaderos, de ganado en otras épocas.

La gradación desde el «trópico al polo» es también de cultivos y, aunque después se analizarán con más detalle, puede decirse que en la Contraviesa se escalonan naranjos, almendros, vid y alcornoques, mientras en la Alpujarra alta se cosechan judías de grano, patatas y algo de maíz; en las zonas cultivadas de más altitud, cebada y centeno. Las características climáticas repercuten, por otra parte, en los cursos de agua (más alimentados en los circos glaciares), responsables a su vez, del regadío y, si se combinan con el relieve, resultan potenciales hidráulicos, apenas aprovechados. Y hasta la innivación tiene sus aplicaciones turísticas, así como la gradación de climas y la cercanía litoral (hay casi 20° C de diferencias en verano entre aquél y las cumbres, en pocos kilómetros de recorrido).

El poblamiento encuentra limitaciones con la altura y en este caso la población permanente no sobrepasa los 1.500 m. (Trévelez, 1.476), menos que en otras montañas españolas de clima más riguroso (Floristan, 1957), en buena parte por razones históricas. Las comunicaciones también hallan dificultades con la altura, aunque les afecta más la configuración general, sobre todo en Sierra Nevada, donde hay pocos puertos franqueables y proble-

mas de enlace entre ambas vertientes. Sin embargo, en la Alpujarra propiamente dicha, tal obstáculo es inferior y en cualquier caso, las deficientes comunicaciones responden más a la marginación de esta zona respecto a la estrategia y planes económicos españoles.

El haber tenido que apelar a la configuración general como condicionamiento nos obliga al análisis de otros factores porque las montañas no son sólo una barrera de determinada disposición y altitud, sino también un conjunto de estructuras y litologías. Predominan los materiales paleozoicos afectados en parte por el metamorfismo alpídico, que en ocasiones ha producido una intensa metalogenia (hierro, plomo...). Se distinguen varios mantos: abajo el nevado-filábrido de micasquistos e incrustaciones cuarcíticas; después el alpujárride, mayoritariamente calizo y dolomítico, aunque también con mármol y micasquistos en el contacto entre ambos complejos; en la parte superior, el manto maláquide, poco representado en el área que analizamos. Pero estas tres unidades no siempre aparecen en la disposición original (e incluso el manto inferior puede alcanzar mayor altitud que los otros) debido a un larga historia de corrimientos, apilamientos, pliegues de fondo, cabalgamientos, erosión, etc., que diferentes escuelas y épocas interpretan de manera distinta en su movilidad y complejidad.

Las áreas esquistas relativamente blandas ocasionan, en contraste con los abruptos pirenaicos o alpinos, forman suaves y redondeadas (las llamadas «lastras» en el centro de Sierra Nevada), que propician aprovechamientos poco diferentes de las partes bajas. En ello han intervenido factores históricos, aparte de la topografía, pero también cuenta la mayor profundidad de los suelos alimentados en su parte mineralógica por limos procedentes de la alteración química de pizarras durante los pluviales (García Manrique, 1973), aunque en zonas de fuerte erosión ese aprovisionamiento puede agotarse. La filitas suministran «iauna» para techos de las casas cúbicas presentes en todas las Alpujarras. Pero también hay aspectos negativos: el carácter compacto y poco articulado de estas estructuras, con escasos valles de erosión, al menos en la vertiente septentrional nevadense, no ha facilitado la penetración humana. Sin embargo, en la parte meridional, de mayores pendientes y menor soporte

forestal originario (solana), existe más fraccionamiento y complejidad climática y, en consecuencia, humana y económica. Los «calares» alpujárrides son por comparación más abruptos y de indigencia edáfica a base de entisoles o inceptisoles, es decir, suelos poco evolucionados. En relación a todo esto, la Sierra de Baza ejemplifica muy bien la situación con dos áreas distintas: el E. nevado-filábride, esquistoso, de formas suaves, con aldeas agrarias y pastoriles, por un lado, y el calizo, cubierto de vegetación natural o repoblada, deshabitado y propiedad en su mayor parte del antiguo Patrimonio Forestal del Estado.

Hay que mencionar un último factor natural: el carácter litoral y su influencia climática en la Alpujarra baja, que permite ciertos cultivos y ofrece posibilidades turísticas. Pero no siempre ha sido un elemento positivo, pues la piratería de otras épocas obligó a la población a refugiarse en las laderas del interior. Así pues, los rasgos naturales de este conjunto, especialmente la altitud y estructura maciza de Sierra Nevada, justifica en buena medida el aspecto de refugio que ha tenido a lo largo del tiempo y con ello nos introducimos en la consideración de otro bloque de causas y elementos que explican el paisaje actual.

El peso de la historia

Como ha escrito Bosque (1971), el conjunto orográfico meridional se presenta «... como una gigantesca fortaleza natural, que tuviese su plaza de armas en la más central de las hoyas interiores, la Depresión de Granada, y su torre del homenaje en Sierra Nevada» (p. 96) y apunta, asimismo, tres momentos principales en que actuó como refugio: primero la oposición frente al Emirato de Córdoba acaudillada por Omar Ibn Hafsun, que desde Ronda contó con el apoyo de mozárabes y muladíes granadinos; después el mantenimiento del reino nasrí, último baluarte islámico peninsular, que coincidía significativamente con buena parte de las cordilleras béticas; por último, y además de guerrillas posteriores (época napoleónica, maquis...), las Alpujarras, aisladas entre dos alineaciones montañosas, sirvieron de reducto en el siglo XVI a los seguidores de Aben Humeya contra las medidas integracionistas y uniformadoras a ultranza de los Reyes Católicos.

Otro aspecto de la evolución histórica, importante desde el punto de vista geográfico, es la adaptación o no al medio y a las posibilidades en general durante las distintas etapas (1). Parece que, aunque con una base más antigua, la construcción del paisaje rural alpujarreño se debe a los andalusíes, que adaptaron racionalmente la explotación agraria, la administración y casi todas sus actividades a lo que la naturaleza les ofrecía (Rodríguez, 1978). Los recursos hídricos, procedentes de zonas altas mantenían un regadío en pequeñas fincas y reducidas parcelas, acondicionadas a pendientes y red de acequias. Junto al terrazgo, los menudos pueblos (155 lugares en las Alpujarras), dispersos por toda la soleada ladera hasta los 1.300 m. y sede de unos 64.250 h. hacia 1568, casi todos pertenecientes a familias de pequeños propietarios, cultivadores de cereales, frutales y moreras, que daban lugar a una actividad sedera, abastecedora de la Alcaicería granadina (Bosque, 1971). La división administrativa se organizaba en tres climas o distritos (Buxarra de los Benihassan, cerca de la costa; Ferreira, en la Alpujarra granadina y parte de la almeriense; y Orx de Cais en la actual provincia de Almería) y diversas tahas muy adaptadas al relieve, puesto que cada una venía a coincidir con un valle transversal.

Como ocurrió en las Altiplanicies, y en todo el reino nasrí, las tierras de los moriscos alpujarreños (2) fueron confiscadas en 1572 por el «delito de rebelión» y repartidas entre los nuevos repobladores a censo perpetuo, siguiendo posteriormente todo el sistema de expolio y la añadidura de nuevas cargas hasta la abolición del «censo de población» a finales del XIX (3). Aunque se mantuvo una parte de la población autóctona y/o hubo regresos cuantiosos (4), los llegados (del oeste andaluz, Extremadura,

(1) Mientras no se diga otra cosa, nos referimos a las Alpujarras, tradicionalmente más poblada y de una historia más rica, o, al menos, mejor conocida.

(2) La mayoría eran moriscos. En la Taha de Andarax, 1.242 vecinos en total y sólo 56 cristianos viejos. Núñez, 1969.

(3) En el interrogatorio del Catastro de Ensenada, 1752, se dice que «los bienes son de realengo» y «los censos de población y demás derechos de todas las ventas son pertenecientes a su majestad». Núñez, 1969.

(4) Si no, es difícil de explicar, caso que los datos sean ciertos, un crecimiento medio acumulado anual, que puede calcularse en el 40 por 100 entre 1587 y principios del XVII.

Castilla, Galicia, etc.) (5) no fueron suficientes para reemplazar a los que marcharon al principio y en la Taha de Andarax, por ejemplo, se decía que se repoblaban las 5/12 partes de lo que solía haber de moriscos (Núñez, 1969). Además procedían de zonas llanas y cerealistas, por lo que, aunque no fuesen mayoría, la situación los colocaba en absoluta preeminencia y se fue pasando de un sistema intensivo a otro extensivo, tanto en las Alpujarras como en la vertiente norte de Sierra Nevada (6). Los resultados fueron similares a los ya expuestos para las Altiplanicies con el agravante de que las roturaciones y deforestación —en suma la inadaptación al medio— tiene peores consecuencias en zonas de pendiente y tanto el límite de los cultivos como el del poblamiento permanente fueron ganando altura. No obstante, la transformación fue lenta, pues a principios del XVII aún abundaba el arbolado y la obtención de seda, actividad, que, aunque mermada, continuaba en la época de Ensenada a mediados del XVIII (Bosque, 1971).

De cualquier forma, la repoblación explica mucho del paisaje actual y de su estructura agraria, pues tales medidas introdujeron o consolidaron el minifundio, mientras que las tierras no repartidas entonces parece que pasaron también a la Corona para formar después los bienes de propios (Núñez, 1969). El catastro de Ensenada registra una propiedad muy fragmentada, al menos en la Sierra de Gádor, cultivándose trigo o maíz en regadío y cereal, con descansos de hasta siete años, en secano, aparte de olivar, moreras y vides. Hasta mediados del XIX hubo una etapa de auge que incluso dio lugar a inmigración, especialmente en las Alpujarras bajas y orientales. Las causas son principalmente dos: la minería, sobre todo en Gádor (plomo) y Sierra Nevada (plomo, hierro y también oro), cuyos sistemas de explotación y

(5) Según el «libro de población y apeo» de Pórtugos se asentaron 56 familias de los siguientes lugares por este orden: Jaén, Cuéllar (Segovia), Llerena (Badajoz), Osuna (Sevilla), Calzadilla (Cáceres), Ciudad Rodrigo (Salamanca), Montilla (Córdoba), Lucena (Córdoba), Yepes (Toledo), Puebla de Cazalla (Sevilla), Castro del Río (Córdoba), Alcázar (Cuenca, Ciudad Real o Granada), Calzada de Calatrava (Ciudad Real), Puebla de Montalbán (Toledo), Bayona (Pontevedra). Ferrer, 1971.

(6) Sin embargo, en la Contraviesa se revalorizó la vid a raíz de la repoblación. García Manrique, 1973.

transporte requerían abundante mano de obra, pero la no modernización y la falta de soluciones contra el aislamiento respecto a las vías de comunicación llevaron, entre otras razones, a un progresivo abandono. En segundo lugar, el viñedo de la Contraviesa originaba una importante exportación, muy ligada a Málaga, tanto de vino como de pasas, e incluso de aguardiente, dirigido hacia el interior por el puerto de la Ragua, por donde se retornaba con harina. Pero la filoxera y la ausencia de otras alternativas dio al traste con este auge y así, de 31.328 h. que contaba la Contraviesa en 1887 se pasó a 21.553 en 1910 (García Manrique, 1973).

A escala del total alpujarreño, incluido el sector almeriense, los últimos cuarenta años del siglo pasado presenciaron la pérdida de 18.000 h. a partir de las 90.000 existentes en 1860, a pesar del fuerte crecimiento vegetativo. La emigración a Hispanoamérica y Orán inicia el éxodo rural, mucho más acusado actualmente. En cambio, Sierra Nevada (poco poblada y con una economía predominantemente cerealista, como la Alpujarra Alta) pasa de 7.690 h. a 8.399 en esas dos fechas y sigue creciendo hasta alcanzar el máximo en 1960 (11.611), mientras que las Alpujarras llegan a la cúspide demográfica de este siglo en 1950, con unos 84.000.

Situación actual de las Alpujarras

El aislamiento natural; mantenido a través de la historia y aún hoy, fuerza a una economía predominantemente cerrada, familiar y de autoconsumo, a lo que se une el crecimiento demográfico y las cargas impositivas. Como resultado, las Alpujarras, en especial la comarca así llamada tradicionalmente, han funcionado como una gran cuenca prácticamente cerrada, cuyos impulsos internos han ido conquistando cada vez más las partes altas con roturaciones que degradaban el medio y exigían ímprobos esfuerzos de abancalamiento y mantenimiento. Todo ello para solucionar dos cosas: cumplimentar el pago del censo especial a Hacienda, además de otras cargas, y responder al aumento de población, que sólo contaba con la actividad agraria, debido a la descapitalización. Por eso, si bien se mira, las dos cuestiones se

reducen a una: marginación de una zona, extrayendo de ellas cuantiosos impuestos que jamás han sido utilizados allí. Cuando los «censos de población» fueron abolidos, el expolio tomo otros derroteros y entre 1950 y 1975 (53.000 h.) se perdió casi el 40 por 1000 de la población, que obligada a emigrar a aquellas áreas del país que convenía potenciar. Las consecuencias ya son conocidas y, por lo que a envejecimiento se refiere, puede ser ilustrativo comparar las pirámides de edad correspondientes a Laujar y Fondón (de la Alpujarra almeriense) para 1860 y 1955 (Núñez, 1969, p. 267 y 268).

El tipo de vivienda hunde sus raíces por lo menos en la época musulmana y se adapta al clima vegetación, relieve, litología, distribución del terrazgo y funciones económicas. Aparecen en pequeñas aldeas concentradas en la parte soleada de cada valle, evitando las zonas bajas más frías (téngase en cuenta que al sur de la depresión se encuentra la alineación Lújar-Gádor). El límite del poblamiento permanente coincide más o menos con el de innivación, aunque en las zonas altas están los «cortijillos», base de una antigua agricultura y ganadería, hoy en regresión por el éxodo (Rodríguez, 1978). El escalonamiento se adapta a las isohipsas y las casas cúbicas tienen muros de pizarra y gneis, troncos de roble y castaño en las techumbres y cubierta de «launa» (tierra de filitas), que impermeabilizan y atenúan las oscilaciones térmicas. Su reducida extensión testimonia una propiedad minifundista y de autoconsumo con tres áreas funcionales: abajo el establo, para animales de labor, sobre todo; en medio de vivienda, generalmente con entrada directa, aprovechando la pendiente; arriba el granero y henil (Rodríguez, 1978). Puede decirse que en pocos lugares se encontrará un hábitat tan indicativo y aglutinador de los distintos elementos geográficos. Uno de ellos, la estructura de propiedad, es claramente minifundista, aunque las cifras correspondientes a la Alpujarra granadina pudieran hacer creer lo contrario. De las 111.067 ha de superficie total, 52.636 (esto es aproximadamente la mitad) son explotaciones superiores a 300 ha, pero se trata casi siempre de áreas sin cultivar y pertenecientes en su mayoría a propios concejiles. Por ello es significativo que los municipios con más del 40 por 100 de su extensión, incluida en fincas mayores a 250 ha se hallen en la parte alta, es decir, vertiente sur de Sierra Nevada

(Bosque, 1971, gráfico págs. 88-89), área sin cultivar durante la época islámica. En la Alpujarra almeriense sólo 13 propietarios de los 3.601 tienen fincas con más de 100 ha y generalmente son baldíos (Núñez, 1969).

El propietario medio, si se entiende como tal al agricultor que puede vivir —o malvivir— con sus tierras, tampoco abunda, mientras, por el contrario, es el minifundio y la pequeña parcela lo que predomina y todos los municipios del Valle de la Alpujarra baja carecen de gran propiedad o la tienen en pequeño porcentaje (Bosque, 1971, gráfico pp. 88-89). Las cifras referidas a explotaciones no son muy significativas porque mezclan secano y regadío, pero de todas formas casi 26.000 ha están incluidas en menos de 10 ha y aquí ya entra el secano y a veces lo no cultivado. En la Alpujarra almeriense el promedio es de 3,5 ha por finca y las explotaciones inferiores a 5 ha suponen el 81 por 100 del total. La mayoría de los alpujarreños son pequeños propietarios (obreros a su vez en otras fincas o en las pocas actividades no agrarias que existen) fundamentalmente en régimen de explotación familiar.

La repoblación del XVI inició roturaciones, que, con haber ampliado el terazgo, no lo abarca todo, sino sólo una tercera parte de la superficie total producida. El secano ocupa 37.000 ha y alcanza los 2.000 m de altura, bien que con aprovechamiento marginal. Se siembran cereales y algunas leguminosas, a veces mezclado con olivos o almendros y con frecuencia constituyen enclaves dentro de zonas sin roturar. El almendro aumenta a costa de la vid, la cual abunda más en Gádor y la Contraviesa, donde se elabora el «vino de la costa» en las embotelladoras de Albondón. El regadío cuenta con unas 12.000 hectáreas, de las que el 85 por 100 corresponden a la Alpujarra granadina, sin mencionar los más recientes del litoral de técnicas y cultivos distintos. En general la extensión regada apenas ha aumentado desde la época musulmana, al menos en Gádor (Núñez, 1969), por lo que ofrece un paisaje tradicional de pequeñas parcelas escalonadas en las laderas de la Alpujarra alta y separadas por setos de tierra o árboles, testimonios todos ellos de un ímprobo esfuerzo secular. En la Baja, la escasez de torrentes origina tan sólo vegas reducidas, muy contrastadas con el árido secano circundante. La extracción mediante pozos se localiza en las partes

bajas, especialmente en la rambla de Albuñol. Existe bastante variedad de cultivos, tanto por la gradación climática, como por la economía autárquica que favorece el policultivo, aunque recientemente se tiende a una mayor racionalidad en parte de ellas. Las zonas altas sustentan castaños, patatas, trigo, judías y especialmente el manzano, de progresiva expansión y asociado a veces a leguminosas y patatas. Más abajo, diversas frutas y hortalizas hasta llegar a los naranjos del valle, sobre todo en las áreas de Orgiva y Ujívar-Cherín, donde se racionaliza el cultivo y van desapareciendo antiguas plantaciones de poca calidad incluso asociadas con olivos. La Alpujarra de Almería, también de especies variadas, cuenta con importantes extensiones de parrales, exportándose la uva de mesa por Almería. La parte occidental posee mejores salidas, que favorece la racionalización agraria, mientras, al mantenerse el aislamiento en buena parte del resto, los esfuerzos no se ven compensados.

Tal situación agudiza las deficiencias comerciales por falta de una aceptable red viaria que comunique mejor con el exterior de la comarca, incluido el litoral próximo, y enlace convenientemente los núcleos altos con el valle (7). En la venta de productos agrarios destaca Ugífar (en la parte oriental y en relación con la costa por el valle del río de Adra) y en la compra, resultan además de Cádiar, algo más al oeste y punto de unión de las tres Alpujarras granadinas, y Orgiva en contacto ya con el valle de Lecrín. Por lo que al vino de la Contraviesa se refiere, hay tres redes principales (García Manrique, 1973): una, la de los pequeños cosechadores locales, que venden en poblaciones próximas a comerciantes de fuera; otra, los que lo hacen a bodegueros de Albondón; la tercera y principal es la venta de uva a las grandes bodegas de ese pueblo, que embotellan y disponen de una red comercial muy aceptable con mercado en Almería, Granada y Jaén.

La extensión forestal, a menudo de repoblación, apenas su-

(7) Las dificultades de relación con la costa han sido mayores, si cabe, que con el interior, que tradicionalmente se ha realizado con las Altiplanicies granadinas (Marquesado del Cenete y Guadiz) a través del Puerto de La Ragua, que, a pesar de los problemas en invierno, ha sido escenario de verdaderas hazañas por parte de comerciantes y arrieros, transportadores de cereal, aceite, vino, pescado, etc., de un lado a otro.

pera las 5.000 hectáreas en la parte de Granada, mucho más importante en extensión (76.000 ha) es el monte bajo y erial, donde se aprovechan las aromáticas. La ganadería no guarda mucha relación con esa superficie y sólo en la parte alta tiene importancia el vacuno para carne, aunque generalmente de explotación familiar. Aparte del lanar y porcino se mantiene el ganado de labor y el caprino, que son dos indicadores de la situación existente. El oriente alpujarreño no sólo se va especializando en hortalizas y frutas para exportar fuera de la comarca, sino que existen otras actividades, aunque totalmente insuficientes para detener la emigración, como la hidroeléctrica con centrales en Pampaneira y Poqueira. En el cerro del Conjuero hay un importante yacimiento de hierro, pero su producción se dirige a la exportación, norte del país e Italia (Bosque, 1971). El turismo, por otra parte, apenas promocionado, cuenta en potencia con una serie de factores positivos.

Sierra Nevada

Las características físicas y la evolución histórica ya pueden hacer suponer una baja densidad de población, que actualmente se halla en torno a los 20 habitantes/kilómetro cuadrado con un censo de 10.137 habitantes en 1975. Pero la mayoría viven en las seis cabeceras municipales, situadas en la parte baja y próximas a Granada; concretamente es Güejar-Sierra el núcleo más alto (1.084 m) y alejado (22 km), mientras los otros se encuentran hacia los 850 metros sobre el nivel del mar y entre 6 y 14 kilómetros de la capital. Todo ello revela que el carácter «serrano» de esta población es muy relativo. La cota del «habitat» permanente es inferior a la de otras montañas españolas, a pesar de un clima más meridional, lo que conlleva un modo de vida poco serrano, explicable en buena medida por la evolución histórica. Los pueblos más altos son Trevélez (1.476 m) y Aldeire (1.277 m) en la solana y umbría respectivamente, con comunicaciones muy difíciles por la cima, siendo el puerto de la Ragua el único viable casi todo el año; la pista hasta Capileira por el Veleta no siempre es practicable durante el invierno. Salvo el caso de Trevélez, que puede considerarse más bien de la Alpujarra Alta, la forma de poblamiento varía a uno y a otro lado de la cota 1.300 metros: abajo, pueblos concentrados entre 1.000-

2.000 habitantes; arriba, viviendas dispersas (cortijadas y cortijillos) habitadas en verano y de uso en regresión. Por encima de los 1.500 metros sólo están las áreas turísticas (Prado Llano, Peñones de San Francisco...) y refugios o albergues de montaña, algunos de los cuales superan los 3.000 metros.

A pesar del escaso carácter serrano, la población ha disminuido: en 1950 había 11.348 habitantes y diez años después, 11.611, lo que refleja ya una emigración, más acusada posteriormente (en 1975) las cifras descienden a 10.137 y equivalen a las de 1920). Tal emigración se ha dirigido sobre todo el área metropolitana de Barcelona y en menor medida a otras zonas (según Bosque, 1971, pág. 101, en 1950 vivían en Granada capital más oriundos de estos pueblos de la sierra que en el mismo municipio). Vegetación y cultivos se escalonan a distintas alturas según sea solana o umbría: hasta los 1.300 ó 1.100 metros respectivamente, nogales, vid, olivos, almendros e higueras; a continuación (1.600 m y 1.300 m), castaños y encinas, más trigo y cebada en invierno y maíz, habichuelas y patatas en verano; en los valles protegidos y soleados, cerezas, manzanos y avellanos. Más arriba, y hasta los 2.400 metros en solana y 2.000 metros en umbría, cultivos tempranos de verano (centeno, trigo, patatas) y praderas. El frío y largo invierno por un lado y la sequía veraniega por otro limitan los cultivos y necesitan del regadío, de origen antiguo y alimentado por barrancos procedentes de los neveros. Los pastizales no son ni extensos ni densos y la ganadería está poco desarrollada; el vacuno aprovecha de estío los pastos de zonas altas, mientras que la tradicional trashumancia lanar, origen de típicas formas de vida (Sorre, 1931), apenas se mantiene.

El bosque es, como dijimos, sólo una muestra de los que parece haber sido y las actividades madereras suponen muy poco en la economía de la zona. Sin embargo otra riqueza natural, la minería (menos expuesta a la degradación, aunque no del todo), ofrece posibilidades: oro, plomo y, sobre todo, hierro, aparte de una gran cantidad y variedad de mármoles y piedras finas. Los problemas son falta de prospecciones y deficiencias viarias. Las características climáticas ya analizadas, no proporcionan un caudal hídrico en consecuencia con la altura, pero innivación y pendientes podrían dar lugar a una mayor energía eléctrica que

la existente (antigua, por otra parte, pues la primera central data de 1897). Si los acondicionamientos fuesen otros y se hiciese un uso más racional del regadío, se posibilitaría una industria, que por otras razones tampoco ha interesado promocionar.

No cabe duda que las características físicas de esta sierra y otros factores derivados de su localización inciden en grandes posibilidades turísticas, no del todo aprovechadas. El clima en general, la innivación en particular, la gradación de ambientes distintos en poco espacio, su situación entre Granada y la Costa del Sol, la relativa proximidad a aquella ciudad monumental, etc., son elementos positivos. También es verbal que el desarrollo turístico, o mejor de los servicios para el ocio, pueden ser positivos o no, según como se realicen. Además de algunas empresas privadas y la actuación de Certusa (Centros turísticos, S. A.), la actividad reciente se centra en la construcción de la estación deportiva y parador nacional en los Peñones de San Francisco y el Plan Municipal de Granada, que estableció una estación deportiva de invierno en Prado Llano con un núcleo central «Solynieve», y otros satélites: Borreguiles de Monachil, Laguna de las Yeguas y Loma de Dílar. En general alcanzan cierto éxito como estación invernal y aún poco desarrollo de las posibilidades estivales (Ocaña, 1971), si bien sus repercusiones en la economía de la zona son en cualquier caso menguadas.

En resumen, aunque sea válido para toda Andalucía, quizá esta zona que analizamos refleje muy bien el carácter dependiente y de reserva. Primero para obtener impuestos extraordinarios dirigidos a *otros* lugares; después como aprovisionamiento de mano de obra barata y abundante (previa crianza y más o menos preparación) encaminada al desarrollo de *otras* áreas; ahora, y sin haber acabado el ciclo anterior, aprovechamiento de elementos naturales *exportados* también gratuitamente, como actividades deportivas o de ocio con ventajas (?) discutibles para esta comarca. Todavía quedan posibilidades: parques naturales, «dada la variedad y riqueza botánicas», a los que cabía plantear interrogaciones idénticas a las anteriores; despoblación de las Alpujarras (ya no falta mucho) para aprovechar lo «exótico» de su poblamiento como residencias secundarias. Quizá haya otras que stán en manos de las metrópolis, asignadoras de funciones en las áreas colonizadas.

III. SIERRAS BÉTICAS OCCIDENTALES

La serie de pequeñas comarcas serranas denominadas de forma genérica serranía de Ronda-Grazalema constituyen la zona más occidental de las Cordilleras Béticas, conjunto montañoso que accidenta el territorio andaluz con una clara disposición oeste-este. Así pues, puede afirmarse que la serranía de Ronda-Grazalema, topográficamente significa el «punto de arranque» de las Béticas por su borde occidental y, aunque no sea un conjunto de gran altura, paisajísticamente destaca y contrasta con las bajas y abiertas tierras de la depresión del Guadalquivir.

Ya en su misma situación encontramos uno de los rasgos más característicos y originales de la serranía de Ronda. Nos referimos al hecho de que esta serranía actúa como zona de contacto entre unidades físicas y humanas bien diferenciadas.

Pues al constituir el primer eslabón del rosario de sierras que forman la cordillera Subbética (Grazalema) y la Penibética (Ronda), esta serranía es el punto de contacto entre la montaña y la llanura, mundos con organizaciones económicas diferentes, pero complementarias entre sí. Montañas Béticas, depresión del Guadalquivir y Campo de Gibraltar se dan la mano en esta comarca.

Precisamente por su topografía, la serranía señaló la zona fronteriza entre el reino castellano y el nazarita desde la conquista del Reino de Sevilla hasta la caída del de Granada y la existencia de frecuentes topónimos «de la frontera» atestiguan esta situación. Sin embargo, el haber actuado como zona fronteriza durante dos largos siglos no supuso el aislamiento de la serranía de las comarcas limítrofes, sino que por el contrario se originó un curioso sistema de explotación en virtud del cual los musulmanes de Ronda arrendaban sus pastizales a los ganaderos cristianos de la zona jerezana y sureste de Sevilla.

También los contactos han sido siempre frecuentes entre la sierra y el Campo de Gibraltar, contactos facilitados en gran manera por los cursos de los ríos Genal y Guadiaro. Estas relaciones cobrarán una nueva dimensión tras la ocupación del Peñón de Gibraltar por parte de los ingleses. A partir de este momento se generan intensos intercambios comerciales —léase

contrabando— entre el Campo de Gibraltar y la serranía, quien cuenta a su favor con la impunidad que ofrece un terreno accidentado y de difíciles comunicaciones.

Con tales ejemplificaciones sólo pretendemos poner de manifiesto que la Serranía de Ronda, a pesar de poseer unas condicionantes topográficas y una historia diferente a las de las tierras bajas limítrofes, a pesar de que la tendencia de las comarcas serranas suele ser la del aislamiento, ha mantenido estrechas relaciones con los territorios circundantes, actuando más de punto de contacto que de frontera.

Condiciones naturales

Como en ocasiones anteriores, nuestra intención en este apartado es realizar una presentación de los aspectos físicos más destacables de la serranía, en función de su incidencia en las actividades económicas, y sobre todo, en función de la agricultura y la ganadería.

La comarca está constituida por dos conjuntos serranos de características morfológicas y estructurales bien diferenciadas, aunque humanamente presentan grandes afinidades.

La serranía de Grazalema, en la provincia de Cádiz, pertenece a la alineación bética externa, es decir, a la Cordillera Subbética, mientras que la Serranía de Ronda, en la provincia de Málaga, forma parte de la alineación interna o Penibética. A su vez este conjunto se fracciona en una serie de pequeñas sierras anticlinales, individualizadas por la acción complementaria de los agentes erosivos. Su organización es bastante simple, con una disposición general noreste-suroeste, disposición que se refleja claramente en el recorrido de los ríos Guadiaro y su principal afluente el Genal. Las sierras así dispuestas enmarcan en su parte central, más extendida hacia el norte, una depresión de sedimentación terciaria: la depresión de Ronda, donde nunca se descende de los 500 metros de altitud. Al noroeste de la depresión se sitúan las Sierras de Grazalema, la de Ubrique y la de Libar —cuya línea divisoria de aguas sirve en parte de límite entre las provincias de Cádiz y Málaga—; al sur y sureste encontramos otro complejo de sierras (Sierra de Cartajima, Sierra del Oreganal, Sierra de las Nieves, Sierra de Tolox) que

van ganando altura progresivamente hacia el este, hasta culminar en los 1.919 metros del cerro de las Plazuelas (Tolox).

La alineación subbética, plegada ya a finales del Mioceno y como consecuencia de un empuje de menor intensidad que sólo afectó a la cobertura mesozoica, presenta alturas inferiores que las de la alineación penibética: en Grazalema la máxima altura se alcanza a 1.654 metros en la Sierra del Pinar, frente a los 1.900 que se superan en la Sierra de Tolox. En cualquier caso, los macizos no presentan grandes alturas (sólo el 9 por 100 de la Serranía de Ronda se encuentra por encima de los 1.600 metros), y éste es un hecho de gran trascendencia tanto para su poblamiento como para el desarrollo de actividades económicas.

Esta montaña media tiene a su favor que las condiciones térmicas no se agudizan hasta el extremo de hacer imposible la actividad agropecuaria, y al mismo tiempo, por su accidentada topografía ha servido de refugio en situaciones de inseguridad política o militar, hechos ambos que han contribuido al poblamiento de la serranía. Hoy, la serranía presenta un poblamiento bastante uniforme, y aunque existen diferencias de densidad, en ningún caso puede hablarse de áreas huecas o desiertos humanos extensos.

Otra consecuencia a tener en cuenta con respecto a la altura media de la montaña rondeña es la abundancia de precipitaciones. Ciertamente éstas aumentan con relación a las tierras bajas circundantes pero, al no existir alta montaña propiamente dicha, no son frecuentes los fenómenos de retención nival, fenómeno que desde la época musulmana ha sido la base del desarrollo del regadío serrano en las béticas orientales. Aquí, en cambio, el regadío posee una importancia marginal, orientado exclusivamente hacia el autoabastecimiento.

En cuanto al volumen total de precipitaciones puede considerarse suficiente para el desarrollo de la agricultura, pues a excepción del extremo nororiental, se superan siempre los 800 milímetros de precipitación total anual y son frecuentes las precipitaciones superiores a los 1.000 milímetros, aunque también es cierto que llueve más precisamente en las zonas más altas donde temperatura y pendientes dificultan la agricultura; en cambio, en las zonas más bajas, llanas y con suelos más aptos

—Depresión de Ronda— se reduce sensiblemente el volumen total de agua precipitada. En cualquier caso no es éste el principal inconveniente que imponen las precipitaciones al desarrollo de la agricultura, sino que viene dado por la irregularidad como se reparten las lluvias, hecho común prácticamente a toda Andalucía. La irregularidad se produce tanto dentro de un mismo año, con alternancia de períodos lluviosos y de prolongada sequía, como a lo largo de una serie de años, entre los que se suceden años francamente húmedos, y años de pertinaz sequía. Otro factor negativo es que estas lluvias se concentran en pocos días al año: dicha concentración lleva implícita un alto grado de torrencialidad, y, en consecuencia, una fuerte acción erosiva sobre los suelos.

Finalmente, al tratarse como ya sabemos de una montaña de altura media, las temperaturas de los meses invernales no son excesivamente frías (mes más frío, enero, 8,1° C en Grazalema, y 7.6° C en Guacín). Sin embargo, estas medias son hasta cierto punto engañosas, ya que se obtienen a partir de extremos muy contrastados, de tal forma que el riesgo de heladas existe desde noviembre a marzo. Ahora bien, como en el caso de las precipitaciones, el «handicap» mayor al desarrollo de la agricultura lo constituyen las fuertes irregularidades térmicas, que se traducen tanto en peligrosas heladas tardías, como en prematuras floraciones, al producirse elevaciones anormales de las temperaturas.

Así, pues, esta descripción de la serranía de Ronda confirma cuanto decíamos más arriba acerca de las imposiciones de signo negativo que el medio natural efectúa sobre los ámbitos serranos.

Importancia de los condicionamientos históricos

Tanto en las formas de poblamiento, como en la estructura de la propiedad y actividades económicas dominantes, la historia ha jugado un importante papel en nuestra serranía.

De forma genérica puede afirmarse, haciendo salvedad de todas las matizaciones que sea preciso introducir, que la estruc-

nura poblacional y económica de la serranía se encuentra ya dibujada en la época musulmana.

En este período se realiza un poblamiento uniforme de la sierra, a base de múltiples pequeños núcleos de hábitat, y destacando ya el papel de cabecera de Ronda. Desde entonces no se ampliará la red de asentamientos humanos, sino que, por el contrario, a partir de la Reconquista, la tendencia demostrada de forma permanente y que llega hasta nuestros días es el abandono de muchos lugares y núcleos de población en favor de la concentración del hábitat.

Asimismo, en la época musulmana se generan las formas de propiedad y explotación, y los tipos de aprovechamientos que de manera dominante perviven aún hoy en la serranía. Especialmente poseen mayor importancia los terrenos incultos, y en los roturados los cultivos más extendidos son los cereales de secano, seguidos a una distancia considerable del viñedo. La serranía era en estos momentos deficitaria en aceite. En cuanto a los vastos pastizales de la comarca servían de sustento a una importante cabaña, propiedad de ganaderos cristianos de la Baja Andalucía, a quienes los pastos eran arrendados.

A su vez esta dualidad de aprovechamientos genera una dualidad estructural en la sierra. Los espacios cultivados se dividen y subdividen para su explotación en minúsculas parcelas, y en ello hemos de buscar la base del actual minifundismo. Los terrenos incultos se conservan en grandes unidades de explotación, bien de propiedad privada, bien públicas, pero dominan estas últimas.

En un principio la Reconquista no supuso alteraciones de importancia en la organización económica de la sierra, por cuanto que les fueron respetadas las propiedades a los mudéjares, pero tras la sublevación de 1501 y 1568, la serranía se resintió de la expulsión de sus antiguos moradores. En primer lugar se resintió en sus mismos efectivos humanos, por cuanto que la salida de los moriscos no fue compensada por un contingente similar de nuevos colonizadores. Desde luego, por parte de la administración se emprendió una tarea de repoblación de la sierra, pero fue lenta y, como dijimos antes, muchos lugares quedaron definitivamente abandonados. Al mismo tiempo, la

llegada de estos nuevos repobladores supuso en términos generales una degradación de las actividades rurales ya que, desconocedores de las técnicas serranas, trataron de implantar los sistemas propios de las tierras llanas. Pero sobre todo, el hecho de más grave trascendencia fueron las continuas roturaciones que se iniciaron en la serranía con el fin de ampliar la superficie cultivada. Desforestación en primer lugar, y degradación irreversible, por erosión, de los suelos, han sido sus consecuencias.

Por otra parte, esta repoblación no supuso cambios de importancia en la estructura de la propiedad. Se mantuvo el minifundio mudéjar, ya que entre los nuevos repobladores se repartieron suertes de dos hectáreas de regadío y 10 en secano (Bosque, 1973), y se mantuvo el latifundio, aunque distribuido entre distintos tipos de propietarios: por una parte los latifundios de la Corona, que suponían un uso comunal del suelo, pero también latifundios eclesiásticos o nobiliarios, explotados en beneficio de los estamentos dominantes.

Este sistema se mantiene con pocos cambios hasta fecha reciente. Se agudiza la polarización minifundio/latifundio, se mantienen los mismos tipos de aprovechamientos. En este sentido, el único cambio importante fue la irrupción de la filoxera en la segunda mitad del XIX, lo que supuso la ruina del viñedo de la sierra, la decadencia de todas las actividades mercantiles derivadas de la comercialización de la uva, y la implantación subsiguiente del olivar, que hoy es el segundo cultivo en importancia de la comarca (precisamente aparece como cultivo dominante en aquellos municipios en los que lo era el viñedo antes de la crisis de la filoxera).

Con anterioridad había vivido la serranía su etapa histórica más próspera. Desde mediados del siglo XVIII a mediados del XIX se sitúa el período de crecimiento y auge de la sierra. Esta situación queda patentizada tanto en los índices de crecimiento de la población, como en las altas cifras de producción agrícola y ganadera, en la extraordinaria expansión de la superficie cultivada, o en el comercio generado por la producción vinícola. Otras actividades complementarias —trabajos artesanales, contrabando, bandolerismo— contribuían a reforzar la buena situación económica.

Situación actual de la serranía

En la actualidad la Serranía de Ronda se caracteriza, desde el punto de vista económico, por el mantenimiento de los modos de vida, aprovechamientos y sistemas de explotación de épocas anteriores, y desde el punto de vista poblacional, por pérdidas muy graves de efectivos humanos, pérdidas relativas, en primer lugar, absolutas en los últimos cuarenta años, que se ha traducido en un preocupante envejecimiento de la población y en un acusado despoblamiento.

En la Serranía de Ronda se cumplen las características generales que, con respecto al comportamiento de la población, han sido descritas con anterioridad. Su crecimiento marcha por delante del crecimiento nacional hasta mediados del siglo XIX, período en el que su densidad supera también la media del país. A partir de ese momento se entra en una fase de estancamiento económico, pero el elevado crecimiento vegetativo oculta las pérdidas reales por emigración de efectivos humanos. Hasta 1930 la población de la Sierra de Ronda crece en términos absolutos. A partir de entonces, la intensificación del movimiento emigratorio y el descenso de la natalidad se unen para ocasionar fuertes pérdidas humanas, que han supuesto un real despoblamiento de la comarca. La causa de esta emigración reside tanto en la atracción ejercida por el desarrollo de los núcleos industriales del país, como en el mantenimiento de las mismas estructuras en la organización de la economía de la sierra.

Efectivamente, respecto a las actividades agrarias se mantienen hoy, de forma casi inalterada, la misma distribución de los aprovechamientos, y poco han cambiado los sistemas de producción.

Del total de su superficie productiva, aproximadamente se cultiva el 30 por 100, y el 70 por 100 restante es ocupado por los terrenos forestales y pastizales.

Los cereales de secano dominan de forma casi absoluta, pues en la Serranía de Ronda suponen cerca del 80 por 100 de la superficie cultivada. Además los sistemas de producción han evolucionado lentamente, y el barbecho sólo se ha eliminado de las tierras mejores, pero en la mayor parte de la serranía sigue

haciéndose uso de sistemas de rotación en los que el barbecho ocupa entre 1/3 y 1/2 de la tierra labrada. Los rendimientos continúan siendo bajos (15 Qm/Ha en el trigo), lo cual es consecuencia directa de las irregularidades climáticas, calidad de los suelos, baja tecnificación y el escaso uso que se hace de abonos y fertilizantes. En estas condiciones la producción cerealista de la serranía difícilmente puede competir con la que se obtiene en las cercanas campiñas, y hay que pensar que si se mantiene aún hoy una extensión tan apreciable de terreno dedicada a estos cultivos es porque se trata de un cultivo de subsistencia y porque se encuentra respaldado por la política proteccionista.

El segundo cultivo en importancia (17 por 100 de la superficie cultivada) es el olivar. Vino a sustituir al viñedo tras la crisis de la filoxera, y, como queda dicho, su presencia es más acusada precisamente en aquellos municipios donde hasta el siglo XIX el viñedo era el cultivo dominante. El problema del olivar en la Serranía de Ronda es que sólo se encuentran pies de olivos sueltos, orientados hacia el autoconsumo, más que verdaderas plantaciones. En los últimos años se nota una cierta tendencia a realizar plantaciones de olivar en amplias superficies, especialmente en el sector oriental de la Depresión de Ronda. A pesar de la crisis generalizada de este cultivo, en aquellas tierras donde se alcancen rendimientos en torno a los 1.500 kilogramos/hectárea, el olivar puede ser una salida económica viable para algunas explotaciones.

Actualmente la actividad serrana es completada con la ganadería. A una agricultura de carácter extensivo y poco productiva, se une una ganadería que a su vez se encuentra en crisis. Esta crisis está motivada por factores de diverso origen. Por una parte, por factores de tipo físico, de los cuales el más importante es la dura sequía estival con el consiguiente agotamiento de los pastos, lo que se traduce en un predominio de las especies ganaderas menores: cabrío y lanar. También una serie de factores técnicos como son las malas condiciones higiénicas, el descuido en la selección de razas, etc..., dan lugar a rendimientos muy bajos.

Como en el caso de la agricultura, vemos que la ganadería se mantiene estancada en las condiciones de producción del

pasado, mientras que otras comarcas y regiones han modernizado sus sistemas de producción ganadera e incrementado sus rendimientos.

A estos factores —constantes de épocas anteriores— hay que unir algunos condicionantes nuevos que han venido a agravar la situación. Entre los principales debemos citar el encarecimiento de la mano de obra, tradicionalmente mal pagada y que ha optado por emigrar. Consecuentemente, el encarecimiento de este capítulo de gastos ha provocado el desequilibrio de las precarias economías ganaderas.

La ganadería se encuentra actualmente en crisis. Pero si tratamos de buscar un motor impulsor para la decaída economía serrana, pensamos que ese motor puede ser el desarrollo ganadero:

— En primer lugar, mediante la racionalización y modernización de las explotaciones ganaderas existentes. Ello supondría la organización de cooperativas de producción, para obtener unidades de producción con un tamaño económicamente viable; así como inversiones en la mejora de las instalaciones, generalización de las medidas higiénicas, selección de razas, etc.

— Desarrollando de forma paralela la industria de transformación en la misma zona, a fin de incrementar el valor de la producción ganadera bruta. Asimismo, algunas denominaciones de origen con cierto prestigio («chorizo de Ronda», por ejemplo) deberían ser potenciadas y cuidadas tanto su calidad como presentación comercial.

— Introduciendo el ganado vacuno, tanto de carne como de leche, aunque esta orientación productiva exigiría fuertes inversiones, pero que al mismo tiempo cuenta con un mercado asegurado, debido a la creciente demanda.

IV. SIERRA MORENA

Valoración de su medio físico

Sierra Morena no constituye más que el reborde meridional de la Meseta, un macizo formado en el plegamiento herciniano,

arrasado posteriormente por los agentes erosivos, y que hoy día presenta una fisonomía de formas rebajadas, aplanadas y redondeadas.

Sin embargo, tanto la fisonomía como la estructura de Sierra Morena propiamente dicha, encuentran su explicación en la orogenia alpina. Una onda expansiva de esta orogenia provocó el dislocamiento, por falla o flexión, del borde meridional del Macizo Ibérico, y dió a este borde el aspecto de relieve montañoso y rejuvenecido que hoy muestra cuando se le contempla desde el sur.

Porque, efectivamente, cuando se le observa desde la Depresión del Guadalquivir, Sierra Morena aparece como un relieve relativamente vigoroso, ya que el desnivel entre uno y otro conjunto morfoestructural se aproxima a los 1.000 metros. Por el contrario, vista desde la Meseta, se pierde totalmente la impresión de estar ante un relieve montañoso, y sólo unas suaves lomas parecen erguirse en el horizonte.

El profundo desnivel creado entre la depresión o prefosa alpina, y el dislocamiento del reborde de la Meseta es el factor fundamental de la evolución posterior del relieve de Sierra Morena, especialmente cuando, a finales del Plioceno, los últimos movimientos alpinos provocaron la emersión de la Depresión Bética, y asimismo la elevación a mayor altura de la que ya podemos denominar con propiedad Sierra Morena.

La depresión comienza a ser drenada por un gran colector, antecedente del Guadalquivir, que excava su lecho de forma disimétrica, situándose prácticamente al pie de Sierra Morena. Los tributarios de ese gran colector, por su margen derecha, han de saltar un fuerte desnivel en un corto recorrido. En consecuencia, una activa erosión remontante comienza a trabajar en Sierra Morena, y esos primeros afluentes del Guadalquivir, embriones de los actuales ríos Viar, Bémbezar o Guadiato, han llevado sus cabeceras primitivas, 50 kilómetros más al interior de Sierra Morena. Al tiempo, realizan una acción erosiva diferencial: excavan sus lechos sobre los materiales de más fácil descomposición (pizarras y granitos), y en los interfluvios permanecen los materiales más resistentes (cuarcitas).

Desde el punto de vista morfológico, esta intensa actividad erosiva remontante y diferencial ha tenido como consecuencia,

la individualización de pequeñas serranías dentro de la misma Sierra Morena; así, por ejemplo, el Bembézar separa la Sierra norte de Sevilla de la Sierra de los Santos en Córdoba, y el curso del Rivera de Huelva aísla la Sierra de Aracena del sector sevillano.

La acción erosiva ha dado como resultado un relieve quebrado, con fuerte pendiente, y hasta cierto punto, vigoroso. Pero desde el punto de vista agronómico posee mayor interés el hecho de que tal acción erosiva es asimismo, responsable de la pobreza de los suelos de la sierra.

Efectivamente, los suelos han sido barridos por arroyos y barrancos, de tal forma que, o bien la roca dura aflora por amplias zonas de la sierra, o bien encontramos suelos poco profundos.

En líneas generales, en Sierra Morena predominan los suelos tipo *Inceptisol*, de carácter xérico (consecuencia de una prolongada sequía estival), poco evolucionados, y desarrollados sobre materiales paleozoicos: rocas ígneas de tipo granitoideas, y pizarras cámbricas y silúricas.

Sobre esta roca madre se han desarrollado —incipientemente— unos suelos silíceos impermeables. Se caracterizan por su bajo contenido en arcilla, y su pobreza en calcio, fósforo y materiales orgánicos en general. Además, como proceden de la descomposición de rocas graníticas, estos suelos presentan una textura arenosa, con predominio de materiales groseros, de forma que la pedregosidad dificulta enormemente el laboreo de las tierras.

A todo lo expuesto, hay que añadir la existencia de pendientes más o menos pronunciadas. Así pues, bien puede deducirse que Sierra Morena posee suelos de baja calidad agrológica tanto por su reducida fertilidad como por sus características mecánicas.

Los condicionantes climáticos también actuarán de forma restrictiva en la valoración de la potencialidad física de la sierra. Las características dominantes de su clima, como en toda Andalucía, son la prolongada y persistente sequía estival y la acusada irregularidad en la distribución de las lluvias. La irregularidad inter e intraanual es propia de toda la región y no vamos a insistir en ella; pero también encontramos una fuerte irregulari-

dad de distribución dentro de la misma Sierra Morena: en la sierra de Aracena se superan los 1.000 milímetros de precipitación anual, y en algunos sectores de Los Pedroches no se alcanzan los 400.

Por otra parte, la altitud, moderada, introduce pocas variantes en los regímenes térmicos. Su incidencia se deja sentir poco en las temperaturas estivales, pues se alcanzan valores casi tan elevados como en la depresión (24,8° en Aracena y 26,2° en Pozoblanco, de media en el mes de agosto), pero en cambio es la responsable del descenso de las temperaturas medias invernales, cuya consecuencia más clara es el peligro de helada y el acortamiento del período vegetativo.

Riesgo de heladas en invierno, altas temperaturas estivales, ausencia de lluvias en esta estación y suelos con poca capacidad para retener humedad, son factores que apuntan hacia una baja valoración del potencial físico de Sierra Morena.

Formas tradicionales de aprovechamientos

Significación de los espacios cultivados

Los espacios cultivados se localizan preferentemente en el fondo de los valles y depresiones, y en los ruedos de los pueblos. Su expresión paisajística es reducida, pues sólo suponen el 25 por 100 de la superficie total de la sierra. Donde alcanzan mayor significación es en Los Pedroches; aquí la superficie labrada ocupa el 45,7 por 100 del total. Los porcentajes descienden considerablemente al caminar hacia el oeste: en el resto de la Sierra Morena cordobesa se labra el 21,2 por 100 de su superficie; el 17,9 por 100 en la Sierra norte de Sevilla; y sólo el 14 por 100 en la Sierra de Aracena. La alta proporción de superficie labrada en Los Pedroches se explica, en parte, porque el subsuelo está constituido por un inmenso batolito granítico, que topográficamente se manifiesta en un relieve muy plano, apenas accidentado y con pendientes suaves.

Los aprovechamientos dominantes, cereal y olivar, se manifiestan como dudosamente rentables. Las plantaciones de olivar —de implantación histórica reciente: primer tercio del siglo

XIX— en contadas ocasiones superan el umbral de rentabilidad de los 1.000 kg/Ha. Por su parte, los cereales continúan siendo un cultivo extensivo. Así, en Los Pedroches se practica aún sistemas al tercio, al cuarto, e incluso rotaciones más amplias de hasta nueve y once años. En menor escala se practica también una arboricultura de secano con predominio de castaños, higueras y manzanos, que asimismo acusan bajos rendimientos.

La existencia de áreas cultivadas en Sierra Morena encuentra su explicación en economías cerradas, donde el intercambio comarcal era poco frecuente, y cada zona se veía precisada a producir para su propio abastecimiento. Actualmente la producción agrícola de Sierra Morena difícilmente puede competir con la de la campiña, de ahí que se asista hoy a la reducción de la superficie cultivada, especialmente del olivar. La base de la economía de la sierra, pues, no está ni ha estado anteriormente en los aprovechamientos agrícolas, sino en la explotación silvo-pastoril de sus dehesas y pastos.

Matorrales para pastoreo

Los matorrales constituyen para algunos autores (Fourneau), una degradación irreversible de las dehesas, bien por sobrecarga de pastos, la práctica de rozas o el carboneo. Actualmente está formado por una asociación de pequeños arbustos leñosos y xerófilos, con predominio de jaras y brezos, entremezclados con algunas especies aromáticas.

Hasta el inicio de los años sesenta, su explotación se basaba en la realización de quemas periódicas —entre cuatro y doce años— realizadas por pegujaleros que obtenían ese año una corta cosecha de cereales, y le dejaban a los propietarios de la tierra un suelo limpio y preparado para el pastoreo. Dada la baja calidad de los pastos y su agostamiento estival, estos matorrales sólo permitían una explotación ganadera muy extensiva y dedicada casi de forma exclusiva al ganado ovino y caprino.

Actualmente este aprovechamiento ha perdido vigencia. En parte porque, como consecuencia del despoblamiento de la sierra, ha desaparecido la figura del pegujalero, y en parte porque la baja productividad de estas cabañas y el aumento de los costos ha hecho que los propietarios desistan de este tipo

de explotación. En los dos últimos decenios se ha oprimado, al menos en la sierra de Huelva y cada vez más en la de Sevilla, por la repoblación con eucaliptos.

Grandes fincas adehesadas

Las dehesas constituyen el tipo de aprovechamiento más tradicional de la actividad económica de Sierra Morena. Son dehesas de encinares y alcornoques, orientadas hacia la producción de cerdo y corcho, y que se han caracterizado siempre por ser explotaciones extensivas de grandes dimensiones, pues de otra forma no serían rentables.

La distribución de dehesas de alcornoques o encinas está en función de dos factores principalmente. En primer lugar, un factor de tipo físico: el alcornoque es más exigente que la encina en humedad y de ahí que se localice preferentemente en las laderas más húmedas. Y un factor de tipo económico: al ser preciso darle salida al corcho hacia los centros de transformación, la dehesa de alcornocal se sitúa preferentemente a lo largo de las principales vías de comunicación.

Este tipo de aprovechamiento no ha generado la creación de industrias de transformación en la comarca. Con algunas excepciones, todo el corcho que produce Sierra Morena es transportado fuera de la región y, en consecuencia, el valor añadido de su producción es bajísimo. De igual modo se ha actuado en la producción ganadera. El cerdo se explota en montanera, aprovechando la bellota a pie de árbol. No recibe más atención que la de un porquero cuya principal ocupación es varear las encinas para que caiga el fruto. El proceso de transformación industrial es prácticamente inexistente.

La actividad minera

En Sierra Morena la actividad minera ha sido frecuentemente complementaria, cuando no era dominante, de la actividad agropecuaria.

A lo largo de toda la sierra, de Huelva a Jaén, se ubican importantes centros mineros. Encontramos en primer lugar, la pirita ferro-cobrizada de las minas de Río Tinto y Tharsis en el Andévalo onubense. Estos yacimientos vienen siendo explota-

dos desde tiempos prehistóricos, y a pesar de su decadencia, aún se evalúan sus reservas en 150 millones de toneladas. Los yacimientos carboníferos más importantes de la sierra se encuentran en el sector central, dentro de la provincia de Córdoba. Ellos han sido la causa del desarrollo, en el último tercio del XIX, de Peñarroya-Pueblonuevo y Belmez. Finalmente, dentro ya de la provincia de Jaén, se encuentra una de las minas de mayor riqueza de plomo del mundo, centrada en torno al distrito minero de Linares-La Carolina.

Aparte de estos núcleos principales existen pequeños centros mineros diseminados por toda la sierra. La riqueza minera ha comportado un importante papel en la actividad de la comarca. Ha servido para fijar población, dado que la producción agropecuaria era insuficiente; se ha convertido en ocasiones en punto de atracción de población y, finalmente, ha sustentado el desarrollo de pequeños núcleos fabriles que han dado vida a la sierra, tales como Linares-La Carolina o Peñarroya-Pueblonuevo.

Actualmente, el agotamiento de los filones más ricos, el encarecimiento de los costos de explotación y la no renovación de los equipos técnicos ha llevado a que un buen número de minas hayan sido cerradas porque su explotación —con frecuencia cedida en el XIX a compañías extranjeras— ya no resulte rentable.

Economía y poblamiento

Los sistemas económicos hasta aquí descritos constituían, en conjunto, una actividad escasamente productiva, y ello se ha manifestado de forma patente en las formas de poblamiento de la zona.

Sierra Morena ha sido históricamente una zona despoblada; más que despoblada, desértica, y los inmensos espacios sin cultivar constituían un excelente refugio para maleantes y bandoleros. Esta fue la causa de que los consejeros reformistas del rey Carlos III se decidieran a repoblar con emigrantes traídos allende nuestras fronteras algunos sectores de la sierra. La repoblación se hizo en los grandes espacios despoblados que

existían a lo largo de la carretera general de Andalucía trazada en 1761. En 1766 se perfiló el plan de colonización que afectaría a un recorrido de 50 kilómetros entre el Viso del Marqués y Bailén, y otro tanto entre Córdoba y Sevilla. Resultado de esta repoblación han sido las ciudades de La Carolina, en Jaén; La Carlota, San Sebastián de los Ballesteros y Fuente Palmera, en Córdoba; y la de La Luisiana, en Sevilla.

A pesar de esta política repobladora, de características únicas en nuestro país, Sierra Morena ha continuado siendo un área débilmente poblada. Por relación a la campiña vecina, en la sierra encontramos sistemáticamente débiles densidades de población y un estancamiento demográfico, aun en los períodos de desarrollo generalizado.

En 1950-60, el momento de mayor grado de ocupación en la sierra, se registran densidades que oscilan entre 25 y 30 habitantes/kilómetro cuadrado. Para esa fecha, en la campiña nunca es inferior a 60 habitantes/kilómetro cuadrado. De igual modo, hasta 1960, la sierra presenta un crecimiento moderado, sostenido, pero si ha de ser tomado en consideración el crecimiento vegetativo, se está produciendo ya una pérdida real de efectivos humanos.

La explicación de esta débil ocupación del territorio hay que buscarla en los bajos rendimientos de la actividad agropecuaria, no compensados tampoco con una actividad minera, que se localiza puntualmente y, no debe olvidarse, explotada las más de las veces con capital foráneo.

Crisis en la sierra

Así pues, la economía de la sierra, basada en sistemas extensivos, escasamente productivos y poco tecnificados, guardaba un equilibrio muy precario. La coincidencia de factores de distinta índole, en el tiempo y en el espacio, ha precipitado la crisis de la comarca.

Entre los factores internos están los anteriormente descritos: la falta de competencia de los productos agrícolas de la sierra con los de la campiña, ganadería extensiva (sobre la que vino a incidir la peste porcina de forma coyuntural, agravando aún más

una crisis ya generalizada), explotación forestal con escaso valor añadido, agotamiento de las minas y descapitalización de la empresa minera.

El desarrollo industrial de otras regiones del país y la posibilidad de la emigración exterior actuaron como factores desencadenantes de la crisis de la sierra. La pérdida de población corre paralela con un paulatino incremento de los salarios. Este incremento del capital variable supuso que muchas de las explotaciones de la sierra, basadas en la baja relación entre capital constante y capital variable (Roux), dejen de ser rentables.

La manifestación más grave de la crisis económica la tenemos en las bruscas pérdidas de población. En el período 1960-75 todos los municipios de Sierra Morena, sin excepción, han perdido población. Se trata de una pérdida de población en términos absolutos, incluso, y, además, en grandes proporciones. Son frecuentes las pérdidas situadas entre el 20 y el 30 por 100 de la población inicial, pero encontramos casos como el de La Nava (Huelva) en el cual la pérdida se sitúa en un 51,3 por 100; Torrecampo (Córdoba) pierde el 57,6 por 100, y Conquista (Córdoba) prácticamente pierde el 68 por 100 de su población, pues pasa de 2.180 habitantes en 1960, a 686 en 1975. Concretamente la sierra de Córdoba ha pasado de 160.117 habitantes a 103.220. La pérdida es preocupante.

Nuevas orientaciones

En los últimos quince o veinte años asistimos a un intento de reorganización de la economía de la sierra, con orientaciones diversas.

En los menos de los casos se ha emprendido una modernización de las explotaciones ganaderas, mediante la extensión de las praderas artificiales, mecanización y selección de las razas ganaderas. Este esfuerzo, encomiable por demás, supone elevadas inversiones y, en consecuencia, un riesgo empresarial que pocos pueden correr, o que pocos están dispuestos a correr.

Pero las orientaciones más frecuentes han sido, en primer lugar, aquellas que se han limitado a poner «parches» al sistema tradicional de explotación, mediante la reducción aún mayor del

personal de las explotaciones (por ejemplo, ya ni siquiera hay un porquero para varear las encinas, y el cerdo come las bellotas que caen por sí mismas al suelo), o el acortamiento del período de engorde. Esta solución, por su misma dinámica, acabará convirtiéndose en inviable.

En segundo lugar están las soluciones que han optado por abandonar definitivamente la actividad pecuaria, y dedicar las tierras a:

a) Repoblación con eucaliptos, de tan alta demanda en la cercana fábrica de celulosa onubense, pero con riesgos ecológicos todavía no suficientemente cuantificados.

b) Cotos de caza. No presentan problemas ni de producción ni explotación, pero se obtienen de ellos elevadas rentas. Pero junto a estas ventajas no podemos obviar los costos sociales que esta orientación supone.

c) Núcleos de residencias secundarias, pensados en función de la población urbana próxima. Hay que considerarla como una orientación puramente especulativa, y sólo si actuara como generadora de servicios y puestos de trabajo en este sector, podría tomarse en consideración como «solución» para la sierra.

Hasta ahora estas son las soluciones que se le han dado a la crisis de Sierra Morena, pero en cuanto que en todas ellas parece que ha primado la eliminación de puestos de trabajo y han contribuido a acelerar el despoblamiento de la comarca, no podemos menos que sentirnos insatisfechos con ellas e insistir en la necesidad de apoyar la reconversión de las explotaciones ganaderas.



Segunda parte

Los sistemas productivos

Una vez descrito el espacio donde se asienta, pretendemos ahora analizar la realidad de la agricultura andaluza desde el punto de vista en que puede ser abordable mediante una política de producciones.

Sin pretensión metodológica alguna por nuestra parte, hemos de constatar que la simple organización en capítulos del texto que sigue fue tema polémico dentro del grupo de trabajo.

Evidentemente el análisis monográfico de las producciones permite una descripción minuciosa de las diversas partes del conjunto, pero no asegura la integración de los diversos elementos.

Frente a este enfoque era necesario prever un método de trabajo que, aunque no fuera totalizador, permitiera que la acción política sobre las producciones tuviera muy presente el marco estructural en que éstas se desarrollan: o sea, lo que aquí, por operatividad, aunque no muy ortodoxamente, hemos denominado «sistemas productivos».

En base a las premisas anteriores era obligado el estudio de «La Agricultura de los Secanos» por la importancia de su papel histórico en relación a la utilización de la tierra, vértice de la problemática socio-económica de las campañas andaluzas.

«El Regadío» constituye un sistema productivo más dinámico y al mismo tiempo más heterogéneo que el secano en el sentido de una mayor diversidad en su entorno: regadíos altos y bajos del Guadalquivir, regadíos litorales atlánticos y mediterráneos, regadíos de huertos y pequeñas vegas penibéticas, etc., responden a estructuras productivas y realidades socio-económicas totalmente dispares.

Los regadíos del Bajo Guadalquivir y los del Litoral han sido los sistemas productivos aquí abordados, respondiendo ambos a problemáticas extremas y proporcionando conjuntamente la mayor parte de la producción final agraria de los regadíos andaluces.

«El olivar», eje de toda una estructura social, de enorme raigambre histórica, importancia capital en la actual problemática y acervo común de las agriculturas Bética y Penibética, aporta suficientes elementos para justificar su estudio independiente.

«La ganadería» es el cuarto y último de los sistemas productivos aquí considerados. Esta consideración como sistema aislado no se ha efectuado en base a la tradicional dicotomía academicista agricultura-ganadería, sino que va más allá y trata de reflejar el lamentable divorcio existente entre los dos grandes pilares de la economía agraria andaluza.

En tal esquema de trabajo quedan lagunas evidentes, como el viñedo, ciertos regadíos penibéticos y las actividades forestales, temas que si bien fueron comentados en la primera parte de esta obra, no serán tratados ahora, ya que el grupo de trabajo ha entendido que este texto es sólo una primera aportación al tema de las agriculturas andaluzas y se ha preferido, en cualquier caso, dar nuestras reflexiones a la luz pública sin esperar a completar una obra exhaustivamente enciclopédica.

Por otra parte, señalaremos que el enfoque de los temas tratados no siempre ha sido el mismo ni igual su profundidad, en unos casos por el diferente nivel de información disponible, en otros por la existencia de una problemática específica o coyuntural en el momento de elaborar el texto, y en los más por la conveniencia asumida dentro de cada equipo de trabajo de resaltar más determinados aspectos, variando el nivel de detalle según la realidad estudiada en cada caso.

Conscientes de haber sólo iniciado nuestra labor, tomamos buena cuenta de omisiones para irnos planteando futuros trabajos sobre el tema.